





UCRONÍA  
DEL ASESINO



Jorge Doderó-Garcés

UCRONÍA  
DEL ASESINO



Primera edición: enero de 2023

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Jorge Dodero-Garcés

ISBN: 978-84-19595-72-0

ISBN digital: 978-84-19595-73-7

Depósito legal: M-1334-2023

Editorial Adarve

c/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

[info@editorial-adarve.com](mailto:info@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*Dedico esta historia a todas las personas queridas,  
a las que han jugado conmigo sin conocer las reglas,  
a quienes han improvisado como quien bostezaba en la mañana.  
A Emma, que en la precariedad revisa todos mis textos.  
A mi madre, que me dio la vida tres veces  
(al alumbrarme, al concederme un hermano y  
al actuar como Celestina enamorándose de la literatura)  
y a Juan Carlos, por haber sabido interpretar  
el papel de padre perfecto para mí.  
A la soledad y a mi ordenador portátil,  
fieles compañeros en las largas noches de escritura.*



Morir en paz, los dos,  
como dicen que mueren los que han amado.

JAIME GIL DE BIEDMA

A menudo, el sepulcro encierra, sin saberlo,  
dos corazones en el mismo ataúd.

ALPHONSE DE LAMARTINE



Veintidós de febrero de 2022. Con el sol acostándose en el horizonte, dos tragedias despertaban los fantasmas más viles de la Tierra. La noche se abría bajo la amenaza de guerra en el este de Europa mientras la confesión de delito horrible arrancaba el sueño de los corazones. La muerte, pasada y futura, concreta y abstracta, impregnaba el aire de una atmósfera insoportable. La realidad, desbordada de histeria y miedo, permeaba en los pulmones de todo aquel que se atreviera a respirar. En los corazones de las personas no había hueco para otra emoción que la inquietud, el fracaso de la humanidad revelado en la testificación del presunto asesino despojaba al mundo de optimismo. La confesión del imputado daba cuenta de la naturaleza psicópata del género humano, de lo lejos que podía llegar un solo hombre con tal de hacer el mal. Ante tal evidencia, la guerra en Ucrania sería cuestión de horas.

Los medios de comunicación se habían hecho eco del asesinato. La noticia atravesaba el país a la velocidad de la luz, su difusión producía el mismo ruido con el que los transiberianos asolan la calma de las praderas esteparias.

No había un solo ciudadano que no le pusiera nombre a los implicados, que no hubiese comentado el escándalo o que no conociera de primera mano el móvil de cada una de las partes. Se sabía absolutamente todo, no había nadie al margen de aquella grotesca conversación.

En medio de semejante tempestad mediática, la abogada de oficio se bajó del coche justo a la entrada de los calabozos. Apenas le separaban veinte metros de la puerta, pero tardó en llegar a ella más de cinco minutos. La turba de periodistas se abalanzó sobre la joven letrada como una jauría de vampiros ávida de sangre fresca. Sin conocer a su defendido, no pudo hacer otra cosa que esquivar todas y cada una de las preguntas.

Una vez dentro, las pupilas de la abogada tardaron en recuperarse de la paliza de *flashes* que habían recibido por parte de las cámaras de los periodistas. Sabía que al día siguiente conocería la más abrumadora de las famas y eso le desconcertaba. Aquella sensación le entusiasmaba y desagradaba a partes iguales, pero ante todo era una profesional, y sabía que tenía por delante un caso difícil. Aquella recién llegada al mundo de la abogacía estaba a punto de convertirse en el valido del mismísimo diablo.

Unos agentes secos y desagradables le condujeron por un laberinto de pasillos asépticos y horteras hasta la sala a donde habían trasladado a su defendido, por aquellas horas, el hombre más odiado del país junto a Vladimir Putin.

Cuando la más alta de los agentes abrió la puerta de la sala y le invitó a adentrarse en ella, su corazón de jurista empezó a latir con el mismo ímpetu con el que los perio-

distas se habían decidido a quemar cartuchos a su llegada. Conocer a aquel hombre era el equivalente a conversar con una celebridad, no tenía dudas de que aquella anécdota le salvaría en el futuro de muchas conversaciones tediosas y silencios incómodos. Al margen de aquella inusitada sensación de relevancia, le producía cierto horror la simple idea de encerrarse con aquel macabro ser en una misma sala.

Petrificada, se quedó unos instantes paralizada a las puertas de la habitación. La agente intentó calmarle indicándole el espejo desde donde varios policías iban a seguir la conversación. Con la seguridad que le daba aquella escolta, inspiró hondo y se adentró en las profundidades de la sala de interrogatorios.

Cualquiera hubiera sido capaz de entregar su propia alma con tal de estar ahí dentro en aquel instante oscuro, pero la abogada albergaba un palpito tenebroso en el corazón que le impedía sentir el más mínimo confort.

La sala estaba iluminada con una luz peligrosamente tenue. El contraste en la iluminación cegó a la letrada por unos minutos. Una vez recuperada, sus ojos se chocaron de frente con la mirada impasible de su defendido. Afuera todo el mundo estaba extremadamente agitado con motivo del caso que ella estaba a punto de comenzar, pero, en el interior de aquellos calabozos, el hombre de quien se estaban diciendo las cosas más horribles era un bálsamo de tranquilidad y confianza.

Volvió a quedarse paralizada unos segundos hasta que se hubo habituado a la presencia de aquel extraño huma-

no. Él la miraba decidido, sereno. No apartó la mirada ni un instante, pero no dijo palabra.

Después de la segunda inspiración profunda, la abogada se decidió a afrontar aquella situación:

—Bueno, eh... Señor Bela Santos, es un... placer conocerle. Mi nombre es...

—Ya lo conozco —interrumpió con voz sosegada y ritmo lento.

—Ahh... bueno, supongo que se lo habrá dicho alguno de los agentes. En cualquier caso, me gustaría presentarme, se me hará menos raro oír cómo pronuncia mi nombre después de habérselo dicho yo misma. Soy Rebeca Trintignant, voy a ser su abogada.

—Vaya, así que usted ha sido la despiadada picapleitos que se ha atrevido a defender al hombre más malo jamás conocido por la humanidad, ¿me equivoco?

—Precisamente eso me gustaría saber, señor Santos, ¿es usted tan perverso y despiadado como dicen los medios?

—¡Jah! —rió con sorna—. Eso va a tener que decírmelo usted, señora Trintignant. ¿Se cree todo lo que ha oído?

—Bueno... ehh... no se...

—¡Por favor, no se entera de nada! Vamos, señora Trintignant, usted va a tener que defenderme, ¿cree en mi inocencia?

—Señor Santos —espetó seria—, le ruego que se deje de juegucitos. Tiene a todo el país pegado al televisor esperando a que un juez le condene a la horca en la vía pública. Le conviene empezar a comportarse y preparar

su defensa. A la luz de los acontecimientos, tenemos demasiado que defender.

—Lo sabía, así que no cree en mí.

—No... no es eso. De hecho, todavía no puedo creer nada de nadie. Solo conozco lo que han dicho los medios, que ya le adelanto que son muy poco indulgentes con usted.

—¡Hurra! —exclamó extasiado.

—¿Hurra? —preguntó la abogada con enorme confusión—. Creo que no se ha enterado de que usted es el acusado en el caso del siglo. Le estoy diciendo que toda la opinión pública está en su contra, ¿y usted es tan inconsciente de celebrarlo?

—Evidentemente, querida.

—No vuelva a llamarme así —replicó indignada.

—¿Qué he dicho?

—Querida. No vuelva a llamarme querida. Soy su abogada, merezco un respeto. Para usted seré señora Trintignant o señora a secas, ¿queda claro? No se piense que le voy a tolerar sus marcajes de territorio.

—¡Eh, eh, eh, tranquilícese, por favor! No volveré a llamarle nada que no sean las fórmulas que usted me exige. De hecho, no volveré a llamarle nada, a secas. Hasta que no sea capaz de discernir por sí sola si soy culpable o no, no saldrá sonido alguno de mi boca.

—¡No puedo creerlo! ¿Tiene usted problemas para afrontar la realidad? No tenemos tiempo que perder, ¡partimos con una gran desventaja!

—Eso lo dice usted —dijo medio riéndose.

—¿Pero no ha escuchado lo que le acabo de decir?

—Lo único que ha sido capaz de decir es que tengo a los medios en mi contra, y esa es la mejor noticia que nadie me ha dado en las últimas 72 horas.

—No lo comprendo.

—Lo comprenderá. Aún a riesgo de caer en un paternalismo machista que vuelva a despertar su iracunda ira de feminista sabionda y autocomplacida, me voy a tomar la molestia de explicarle el porqué de mi argumento.

—Señor Santos, no me interesa lo más mínimo.

—¡Oh, querida, claro que le interesa! Esto es lo único que le voy a contar, al menos hasta que sea capaz de emitir un juicio sobre mí.

—¡Es que yo no tengo que emitir ningún juicio sobre nadie! No soy jueza, soy abogada, su abogada para más inri, lo único que debo hacer es defenderle ante un tribunal, y eso será imposible si no colabora.

—¡Querida, pero si estoy colaborando! —dijo mientras despedía una carcajada sonora al final de su intervención.

—No veo que esté colaborando lo más mínimo. Ya llevamos aquí sentados varios minutos y aún no hemos hablado de nada. Además, ¿no vuelva a llamarme querida!

—No puedo llamarle de otra forma —dijo entre risitas condescendientes—. Hasta que no empiece a tomar un poco la iniciativa, y por tanto a ganarse mi respeto, usted para mí no será nada más que una joven recién graduada con altas pretensiones y bajas hechuras.

—No puedo creerlo. Destila misoginia por todos los poros de su cuerpo.

—Llámelo misoginia si quiere, yo creo que más bien se trata de educación y respeto.

—¿Respeto?

—Efectivamente, respeto. En una guerra, ahora que están tan de moda, los altos oficiales tienen un tratamiento, los suboficiales el suyo y el personal de infantería otro distinto. Es posible que usted no lo haya pensado, pero usted y yo estamos en guerra, como mínimo desde una perspectiva dialéctica. Hasta que no demuestre que intelectualmente merece un mínimo de respeto, será tratada como una enemiga. Mi enemiga, para ser más precisos.

—Debe ser cierto todo lo que dicen de usted, ¿está loco? ¿De verdad se cree semejante sarta de chorradas? Además, si esto fuera la guerra, en tanto que la encargada de su defensa, ¿no formaría parte de su bando?

—Eso lo dice usted, y lo dice precisamente porque es inferior intelectualmente a mí. A decir verdad, es usted mucho inferior de lo que me imaginaba. Incluso diría que me decepciona.

—Sabe qué, ¡me da igual! No quiero establecer ningún tipo de debate con usted. Solo quiero ayudarle. De hecho... ¡ni tan siquiera lo quiero! Por si no se ha enterado usted, a pesar de ser tan inteligente y perspicaz, ningún bufete de abogados se ha prestado para defenderle. Su caso pinta tan mal que nadie quiere arriesgar su reputación defendiendo a un miserable que no puede librarse de la peor de las condenas.

—Claro que lo sabía —dijo mientras lucía una sonrisa pícar—. De hecho, lo sabía antes incluso de que me detuvieran.

—¿Entonces, me está confesando su culpabilidad?

—¡Me sorprende, usted! ¿Qué le lleva a creer eso?

—Solo podría saber usted que iba a ser detenido en caso de que hubiera cometido el delito.

—Buena deducción, pero se equivoca. Al menos en el análisis de esa expresión.

—Es usted exasperante.

—Podría ser, pero entonces los medios me amarían, y según lo que usted me cuenta... diría que me tienen bastante ojeriza —dijo con una risa nerviosa.

—Pero... —preguntó descolocada—, ¿qué diantres le pasa a usted con los medios?

—¡Ah, claro! Mire que le había dicho que no iba a volver a decirle nada salvo mi breve aclaración sobre los medios...

—Señor, con todos mis respetos, ¡que no me interesa!

—¡Jah!, pero, ¡ay que ver qué hipócrita es usted!

—¿Por qué lo dice?

—Mmmm, no sé... ¿tal vez porque usted me acaba de preguntar por mi relación con los medios?

—Mire, dígame lo que le dé la gana. Creo que no sacaríamos nada bueno de cara al juicio, incluso aunque usted se esforzara al máximo por defender su inocencia.

—Eso ya lo veremos. Ya le adelanto que el juicio me importa bastante poco. En cuanto a los medios, ya que se muestra tan interesada...

—¡Que a mí no me importa! —interrumpió con vehemencia.

—Bueno, no se ponga así. Yo le explico. ¿Le suena de algo Chomsky?

—¡Por favor, que cliché!

—¿Disculpe?

—Nada, nada. Simplemente me llama la atención que alguien tan vanidoso y ególatra como usted se atreva a presumir de intelecto citando a lo más pop de la academia. Solo eso.

—Al margen de sus valoraciones pueriles, voy a continuar. Chomsky hablaba de la necesidad de generar consenso para poder domesticar a las masas. Esa es la función primordial de los medios de comunicación, que no son más que unas pocas empresas ocupadas celosamente de distraer la atención de la gente. La creación de consensos es la mejor forma de evitar que el populacho busque preguntas que significan algo.

—Créame, las preguntas que usted suscita significan demasiado.

—Evidentemente, de otra forma no habría logrado acaparar todos los focos. Pero, más allá del morbo que despierto, ¿qué interés tengo para la sociedad en conjunto? Ya se lo digo yo, con toda mi vanidad y egolatría: ninguno. Yo soy un *reality show* hecho carne, un humano que sirve como herramienta de distracción a la perfección.

—Y, exactamente, ¿qué hay en todo esto que le llene de orgullo?

—Es que yo no he dicho que esté orgulloso de acaparar la atención de todos los medios. Lo estoy por tener a todos ellos en mi contra.

—Pues no debería.

—¿Por qué dice eso? Usted es jurista, ¿no? ¿No se supone que la justicia es ciega y más ante la opinión pública y la presión mediática?

—Bueno, digamos que como declaración de intenciones eso es la justicia. Luego la realidad es otra, como con todo.

—Vaya. Pues yo estaba convencido de que usted aprovecharía la presión de los medios sobre mí para aplacar los ataques de la acusación. De todas formas, no importa, usted no va a llegar a juicio.

—¿Perdone? —interrogó ofendida—. ¿De verdad cree que usted va a poder conmigo?

—Ni mucho menos. Estoy convencido de que será usted quien no pueda conmigo.

—Señor Bela Santos, para ser tan inteligente, usted acaba de reproducir la misma idea que le acabo de reprochar.

—Querida, eso no es cierto.

—No pienso seguirle el juego y continuar discutiendo con usted. Solo reflexione, usted que encarna el cénit de la sapiencia universal, ¿por qué dice que no podrá conmigo si acto seguido afirma que yo no podré con usted? Hasta donde mi modesto cerebro de recién graduada entiende, que usted me venza es equivalente a que yo no pueda vencerle.